

paso rápido de las lejonas romanas yendo á las extremidades del mundo á plantar el estandarte de los Césares, ó volviendo cargadas con los despojos de las naciones vencidas. Despues se ve que acuden los Godos, los Hunos, los Vándalos, todos aquellos enjambres de bárbaros que conocieron tambien el camino de Roma: temibles peregrinos que vinieron á buscar en conjunto las riquezas que los romanos habiau tomado poco á poco. Ahora, al enlozar aquella hermosa vía, Casio no creia que allanaba el camino á los vencederos de su patria; y ménos sospechaba que facilitaba á los conquistadores evangélicos el medio de volar á sus nobles conquistas. Y nosotros, romanos del siglo XIX, dados enteramente á la locomotiva, ¿conocemos el misterioso porvenir de nuestros caminos de fierro y de nuestros buques de vapor? La mano que los crió no tiene otro fin que hacerlos servir á intereses puramente materiales; pero en las miras superiores de la Providencia ¿no serán los medios de acelerar y realizar en una escala inmensa la doble unidad del bien y del mal, anunciada para los últimos tiempos? Hoy, como ántes, el hombre se ajita y Dios le conduce.

En estas meditaciones estaba, cuando llegamos á las alturas de Baccano. Repentinamente un grito de alegría, el grito del marino que descubre la tierra, el grito del desterrado que saluda el suelo de su patria, el grito del peregrino que percibe á Jerusalem, salió espontáneamente de la caravana: ¡san Pedro! ¡la cúpula de san Pedro! Y todo el mundo se detiene, se prosterna y saluda con transporte la cruz triunfante que domina el más hermoso monumento levantado por el genio de los pueblos occidentales. Este espectáculo que resume á mi vista toda la historia del mundo, me produjo una especie de estremecimiento que me fué muy grato sentir, pero

que ahora me es imposible explicar. Quise saber la fecha precisa de esta solemne aparición. Al subir al coche habíamos anunciado á nuestros amigos de Francia que dentro de un mes estaríamos en Roma. Miré mi reloj; señalaba las tres ménos veinte minutos, era el día 2 de Diciembre. Un mes habia corrido, día por día, minuto por minuto, desde nuestra salida de Nevers.

Por poco cristiano que uno sea, comprende que pone el pié sobre una tierra santa, y el alma quiere orar. Abrí mi breviario, y por una feliz coincidencia me tocaba rezar las primeras vísperas de san Francisco Javier, cuya fiesta era al día siguiente. ¡Con qué gusto me asocié á aquel ilustre peregrino que tambien habia venido de Francia á Roma, y que probablemente habia seguido la vía Casiana, y acaso saludado desde el mismo punto que nosotros á la ciudad eterna!

En Baccano comienza el campo romano; el ruido del mundo ha cesado: nada de habitaciones ni campos cultivados; estais en las fronteras del desierto. Delante de vosotros se extiende una llanura sin límites, en donde andan errantes acá y acullá algunos pastores que siguen lentamente, apoyados en sus largos callados, á los rebaños de cabras y de ovejas; una tierra removida, accidentada, excavada, sobre la cual aparecen, de trecho en trecho, como los huesos emblanquecidos sobre un viejo campo de batalla, pedazos de mármol blanco, despojos de columnas, frisos rotos, tumbas arruinadas, por todas partes la imájen de la muerte. En efecto, aquella desolada llanura, que en otro tiempo fué el trono de la antigua Roma, es hoy su tumba. Y esa tumba, tantas veces secular, no ha permitido la Providencia que desapareciese bajo la mano del cultivo y de la industria. Es necesario que permanezca á la vista de las jeneraciones como un doble monu-

mento del terrible poder de aquella Roma pagana, prevista por Daniel bajo la figura de una bestia gigantesca, terror del mundo, que hacia rodar bajo sus piés de bronce todo aquello que sus dientes de fierro no habian pulverizado 1, y del poder aun más grande de Dios que la habia reducido á aquel estado. El inmortal testimonio de la victoria completa aquel cuadro tan lleno de melancolía y de majestad: sobre aquella vasta tumba, en el centro de aquel inmenso panorama de ruinas, Roma cristiana aparece tranquilamente sentada, radiante de juventud y de belleza. Estos y otros muchos pensamientos que parecen nacer del suelo, preceden y preparan la entrada del viajero católico á la ciudad eterna.

Entre las ruinas que rodean el camino solitario, se distingue el sarcófago de Publius Vibius Marianus y de su mujer Rejina Máxima. Solo un error puede hacer que se le tome por el mausuleo de Neron: el primer perseguidor del nombre cristiano, no tiene ni una tumba. A las cinco, descubrimos el Tíber iluminado por los últimos rayos del día; es siempre el rio de amarillentas olas, el *fluvius Tiberis* de Virjilio. Se nos mostraba delante el *Puente Molle*, coronado de su vieja torre perforada á manera de arco de triunfo. ¡Qué de recuerdos suscita el antiguo monumento, uno de los más históricos del mundo! Vió al pueblo romano que acudia delante de los correos que le llevaban la noticia de la derrota de Asdrubal; á Ciceron, haciendo arrestar á los enviados de los saboyanos cómplices de Catilina; á Constantino, librando la sangrienta batalla que lo hizo señor absoluto del imperio, y al paganismo occidental, pereciendo en el Tíber con Maxencio, como el paganismo oriental espiró poco más tarde con Juliano el Apóstata en las llanuras de Persia.

Dejando á la derecha el Monte-Mario,

1 Daniel, c. 7. 19.

y á la izquierda el Monte-Pincio, se pasa cerca de la bella rotonda de san Andres, monumento del reconocimiento de Julio III; y muy pronto se entra á Roma por la puerta del Populo, ántes la puerta Flaminia. Miéntas que los agentes de la aduana y de la policía cumplan sus deberes, nosotros saludábamos á la cruz que domina el obelisco de Augusto, y ántes de las siete ya estábamos instalados en el hotel de Francia, *Palacio-Conti*.

3 DE DICIEMBRE.

Idea de nuestro itinerario en Roma.—Visita simultánea de Roma pagana y de Roma cristiana.—Visita particular de Roma cristiana.—Visita á las cercanías de Roma y á las Catacumbas.

Nuestra primera noche en Roma nos regaló con un constipado bastante bien acondicionado, para condenarnos á un encierro de cuarenta y ocho horas; pero *no hay mal que por bien no venga*. Aprovechamos esta inoportuna detencion para fijar definitivamente nuestro itinerario en la Ciudad Eterna. Hé aquí la direccion que fué adoptada y que hemos seguido.

Roma es el punto de concurso de los dos mundos, el mundo pagano y el mundo cristiano. Allí se encuentran dos ciudades, y so pena de ver mal ó de no ver nada, es preciso estudiar la una y la otra. Pero estas dos ciudades están de tal manera confundidas y como soldadas entre sí, que es muchas veces imposible separarlas y no abrazarlas en un mismo golpe de vista. Interrogar á ese Juno de doble rostro, cuando se presente á nuestras miradas, hé ahí nuestro primer cuidado. La dificultad está en saber por dónde comenzar: felizmente, la Roma de los papas se divide como la de los césares, en catorce rejiones, que coinciden en muchas partes.

Esta division, tan útil para encontrar los sitios y los monumentos, será nuestro plano de camino, con cuyo auxilio recorreremos cada cuartel separadamente. Durante este primer viaje, tendremos siempre un pié en el paganismo y el otro en el cristianismo.

Pero en fin, se opera una redencion; á los monumentos y á las ruinas suceden las obras; aquí Roma se muestra exclusivamente cristiana. Así las instituciones romanas de caridad y de piedad, tan admirables y tan poco conocidas, nos harán comenzar una nueva investigacion, no como artistas ó arqueólogos, sino como economistas y como cristianos. Tal será nuestro segundo estudio.

Hasta aquí no salvamos el recinto de la ciudad. Sin embargo, fuera de Roma, y sobre todo en las entrañas de Roma, se encuentran otras maravillas que no deben olvidarse. Las *vilas*, las vías romanas, muchas basílicas, y por fin las inmortales catacumbas, llamarán sucesivamente nuestra piadosa y muy legítima curiosidad. Tal fué el plan jeneral de nuestras excursiones diarias. Pero comprendí que por muy claras que fuesen las guías cuyas indicaciones y explicaciones debíamos seguir, era indispensable verificar y desarrollar sus palabras. En mi espíritu, mis jornadas debieron dividirse en dos partes: la primera, dedicada á la visita de los monumentos, la segunda á las bibliotecas. Me permitiré decir que he sido fiel á esta division. Acabadas nuestras excursiones, me iba á ordenar mis apuntes á la *Minerva*. Allí debia á la buena amistad del sabio padre de Ferrari y de sus excelentes colegas, la indicacion de todas las obras necesarias para mi trabajo. Este es un homenaje de reconocimiento que me es muy grato ofrecerles.

4 DE DICIEMBRE.

Las guías de Roma.—Guías en la Roma pagana, en la Roma cristiana, en la Roma subterránea.

Un buen itinerario es, sin contradiccion, la primera condicion de buen éxito en el estudio soberanamente interesante, pero muy complicado, de la Ciudad Eterna. Además, esta condicion no basta, es preciso seguir su itinerario con inteligencia. Obligado como la víspera á estar cerca del fuego, consagré aquel nuevo día á pasar una revista á las guías capaces de ilustrar nuestras investigaciones. Ahora bien, el primer cicrone que debe acompañar á todo viajero formal, es un conocimiento profundo de la historia profana y de la historia eclesiástica; el segundo, es un trabajo asiduo. En multitud de circunstancias hay que recurrir á las fuentes primitivas, ya á fin de completar los propios conocimientos, ya á fin de rectificar nociones que la probidad literaria no permitiría dar á fé de simples recuerdos. Las fuentes de que hablo son de dos clases, segun que se estudie la Roma pagana ó la Roma cristiana. Hacerlas conocer citando las autoridades en que se apoyan, hasta en sus pormenores, las narraciones que van á leerse, no es solamente un servicio que se hace á los lectores estudiosos, sino una prueba de buena fé, y yo procuraré darla. Las noticias impertinentes de los turistas¹, las novelas publicadas sobre Roma por escritores á la moda, así como la ignorancia y las preocupaciones de ciertas *guías* muy extendidas, hacen mi propósito de todo punto indispensable.

¹ Uso de la palabra turista á falta de otra más adecuada, para designar al que viaja por curiosidad y distraccion, pero sin estudio, y refiere con lijereza lo que ha visto. Imito en eso á los franceses, que han tomado del inglés la misma palabra. (N. del T.)

Entre los autores profanos hay que consultar un gran número, de que no citaré sino á los principales. En primera línea es preciso colocar á *Tito Livio*. Su *Historia*, tan preciosa para el conocimiento de las costumbres de la Roma republicana, da muchas veces la descripcion, diré topográfica, de ciertos grandes hechos cuyo teatro encuentra el viajero con gran gusto. Plutarco en sus *Questiones romanas* y en sus *Vidas* abunda en pormenores de grande interes sobre los hombres, las leyes y las cosas. Ciceron descubre en sus *Cartas á su familia*, un extremo del velo que oculta las costumbres de la vida íntima. Este velo casi lo levanta completamente Suetonio. En *Los Césares* nos pinta las costumbres del imperio y dice el origen de muchos monumentos cuyas ruinas subsisten todavía. Juvenal en sus *Sátiras*, y Marcial en sus *Epigramas*, completan la obra de sus antecesores. Viene luego *Plinio el Mayor*, que á propósito de la *Historia natural* habla de todo, en especial de la vida privada de los romanos, y de las magnificencias de la Ciudad Eterna. El amigo de Vespasiano, el director de las aguas bajo Neron, Frontino, inicia el sistema de los *acueductos*. La lectura de su tratado hace admirar con inteligencia las gigantescas obras que asombran al viajero en el Campo romano. Josefo se presenta en seguida con su *Historia de la guerra judáica*. Además de interesantes pormenores sobre las riquezas traídas de Jerusalem al templo de la Paz, da una descripcion del triunfo que no presenta más que un pequeño número de lagunas. Agregaré tambien á los escritores de la casa de Augusto, *Scriptores domus Augustae*, publicados y comentados por Casaubon. Se les debe la repugnante revelacion de las saturnales del palacio y de la ciudad dejenerada de los Césares. En este fango hay perlas, quiero decir, cier-

os hechos importantes que solo allí se encuentran. Es necesario no olvidar, ni á Sexto-Aurelio-Victor, ni á Onufro, ni á Marliani, ni á Canina. Sus obras presentan la fotografia de Roma, tan completa como puede esperarse despues de tantas mudanzas. Los circos y los juegos han sido descritos por Bulenger en su tratado *De Circis Romanorum*; y á Demongio debemos una disertacion de gran interes sobre el Panteon de Agrippa. Añadiré para concluir, que una buena parte de las nociones difundidas en los autores que acabo de nombrar, están reunidas en las *Antiquités romaines* de Greveius, y en el *Lexicon antiquitatum romanarum* de Pitiscus.

Tales son en jeneral los autores que pueden servir de guías al viajero en la Roma pagana.

En cuanto á la Roma cristiana, no carece tampoco de historiadores de gran nombre. Entre los que tienen derecho á este noble título, hay algunos que se ocupan al mismo tiempo de las dos ciudades. Me contentaré con nombrar á Casali, en su obra *De Splendore Urbis*; al autor de la *Roma antica, média é moderna*; la *Notizia del'uno é l'altro imperio*; por fin al padre Donati. Bajo el título de *Roma Vetus*, este sabio religioso, muerto en 1640, nos ha dejado una descripcion de Roma, mucho más exacta y mejor trabajada, que todas las que habian aparecido ántes que él. El célebre Justo Lipsio, despliega en su *Anfiteatro* todos los tesoros de su vasta erudicion, para hacernos conocer al Coliseo bajo el punto de vista pagano, y el padre Marangoni da la historia cristiana de este capitolio de los mártires. Otra obra de este último autor, intitulada: *Delle case gentilesche e profane, trasportate ad uso e ad ornamento delle chiese*, arroja una preciosa luz sobre una multitud de objetos profanos, tributando

santo homenaje á la Iglesia que los ha salvado de la destrucción.

A la cabeza de los escritores que hablan exclusivamente de Roma cristiana, de las costumbres, de los usos, de la vida íntima de los primeros fieles, marcha el ilustre cardenal Baronio. La lectura de sus *Anales eclesiásticos* y de sus *Notas al martirolojio romano*, es casi indispensable para el viajero que quiere entender una multitud de cosas expuestas á su vista en las iglesias de la Ciudad Santa. Despues de él viene el muy sabio padre Mamachi con sus *Orígenes cristianos* y sus *Costumbres de los primeros cristianos*. Selvaggio le completa en sus *Antigüedades*, y el padre Mazzolari, uniendo la piedad con la erudición, resume una parte de las nociones esparcidas en las obras citadas ántes. Este excelente hombre ha pasado cuarenta y dos años de su vida en Roma, tomando por ocupacion principal el estudio de las iglesias y de los monumentos cristianos. Su obra en seis volúmenes tiene por título: *Diario sacro*. Un sabio religioso del Oratorio de san Felipe Neri, el padre Severanus a sancto Severano, trata de las siete Basílicas de Roma, y se debe al gran siervo de Dios, padre D. Carlos Thomassi, una corta descripción del Coliseo consagrado por la sangre de innumerables mártires. Dos obras que pueden pasar por oficiales, nos dan la historia de las instituciones de caridad corporal y espiritual de la ciudad de los pontífices. La primera tiene por autor al abate Constanzi, y por título: *Instituzioni di pieta dell'alma cita di Roma*; (instituciones piadosas de la gran ciudad de Roma); la segunda es debida á Monseñor Morichini, hoy nuncio en Munich, traducida al frances por Mr. de Bazelaire, intitulada *Institutions de bienfaisance de Rome*. (Instituciones de beneficencia en Roma).

En cuanto á las catacumbas y á los már-

tes, tenemos sobre este doble objeto obras capitales que es indispensable conocer. Tales son los *Himnos* de Prudencio; el *Tratado de los Suplicios de los Santos Mártires*, de Severanus; la *Gloriosa lucha de los Mártires*, de Flores; despues la *Roma subterránea*, de Bosio, llamado Cristóbal Colon de las catacumbas. Vienen en seguida las *Osservazioni sopra i cimiteri de' santi Martiri de' primitivi cristiani di Roma*, (observaciones sobre los cementerios de las Santas Mártires y de los primitivos cristianos de Roma); monumento admirable de ciencia y de piedad levantado por el excelente Boldetti. Buonarrotti nos ha dado la descripción y explicación de las piedras sepulcrales, de los vasos y de otros objetos, hallados en el venerable necrópolis. 1 En fin, el padre Marchi, siguiendo las huellas de aquellos ilustres arqueólogos, completa hoy sus trabajos, publicando sus *Monuments chrétiens de Rome illustrés* (Monumentos cristianos ilustrados de Roma). Deseamos á todos los viajeros que tengan á este bueno y sabio jesuita por guía en las Catacumbas. Los mosaicos tan curiosos de las antiguas iglesias de Roma tienen su historiador en Ciampini. Su obra se intitula: *Monimenta vetera, in quibus præcipue musiva opera illustrantur*. (Monumentos antiguos en los cuales se explican principalmente las obras de mosaico).

A esta nomenclatura ya larga, me seria fácil añadir otros escritores, cuyas obras me han suministrado preciosos pormenores. Básteme nombrar á Martinelli, Piro Ligorio, Foggino, Ferretti, Andrea Fulvio, Biondo Fabio, Torrigio, Sigonio, Owerbeck, Vignole, Nardini, Ferraris, Zinelli, Cancelleri y al sabio papa Benedicto XIV, en su tratado de las Fiestas de Nuestro Señor y de la Virgen Santa. En cuanto á los guías modernos, conviene citar á

1 Subterráneo, cementerio.

Nebby, Canina, Melchiorri, sobre todo á este último que habla un poco de la Roma cristiana. Por abundantes que sean, todos los recursos que acabo de indicar no bastan. ¿Queréis estudiar á Roma con buen éxito? buscad un hombre, hombre inteligente y empeñoso que consienta en servir de cicerone. ¡Reconocimiento eterno á los excelentes amigos que se prestaron con gusto á cumplir este oficio con nosotros!

5 DE DICIEMBRE.

• Los Pifferari.

Antes de las cinco despertamos al ruido de un concierto que se daba en la calle casi bajo nuestras ventanas: oímos á los *Pifferari*. Esto fué para mí una dulce compensación á la indisposición de la víspera, y para todos, una agradable entrada en la ciudad santa. Hé aquí, en efecto, una de las cosas mas bonitas de Roma, una de las mas sencillas y conmovedoras costumbres de los siglos de nuestra fé. Los *Pifferari*, son pastores de la Sabina y de los Abruzos, que cada año, á la vuelta del Adviento, bajan de sus montañas y vienen á anunciar en las calles de Roma, al sonido de una música campesina, el próximo nacimiento del Niño de Bethlehem. Los veis ordinariamente en grupos de tres músicos: un anciano, un hombre de edad madura, y un niño. Recuerdan así la antigua tradición que solo cuenta tres pastores en el pesebre. 1 Con la cabeza descubierta y en pié ante las imágenes de la Virgen que adornan las fachadas de las casas ó que aparecen iluminadas por una lámpara en el fondo de las tiendas ó almacenes, saludan con su jocosa sinfonía á la feliz Madre del Salvador.

1 Sandini, *Historia familiae sacrae*, p. 15.

Nada conozco, sea dicho de paso, mas gracioso que el golpe de vista que presentan las tiendas de Roma cuando las imágenes están iluminadas y las mercancías dispuestas con perfecto gusto, sobre planos inclinados, aparecen dominadas por una hermosa estatua de la Virgen Santa, adornada de flores y cirios encendidos.

Los instrumentos de los *Pifferari* son sencillos como los de los pastores. Un oboe, una zampoña, un triángulo: hé ahí toda la orquesta de aquellos músicos de la montaña. La *canzonetta*, que repiten ante la Reina del Cielo, no está escrita con sábias notas. Esa sencillez misma forma todo su encanto, porque recuerda admirablemente el humilde misterio del pesebre.

El traje de los *Pifferari*, está en armonía con su música y sus funciones. Os transporta de lleno á la Edad-Media; tal como lo he visto yo, lo vieron los que me precedieron en Roma hace siglos. Un sombrero tirolés, adornado con una ancha cinta de diversos colores; una especie de capa de sayal corriente; un calzon de piel de oveja ó de cabra; calzas terminadas por una suela que se ata sobre el pié con correas; añadid á esto, largos cabellos negros que bajan sobre las espaldas, una hermosa barba, ojos vivos, una frente elevada; y tendreis una idea de ese traje y de ese tipo notables.

Roma ve llegar con gusto á los *Pifferari*; porque todo lo que trae un recuerdo religioso es bien acogido en aquella ciudad esencialmente cristiana. Se les ama, se les festeja, se les atrae; ellos mismos van á ofrecer sus servicios á las casas y á los palacios y preguntan si queréis hacer una novena á vuestra Virgen. Si se acepta, y ¿quien no aceptaría? vienen durante nueve dias á alegraros con sus conciertos. Les gratificais con algunos bayocos... y

no sé quien tiene mas gasto, si el que recibe ó el que da.

Diré ántes que el dia 15 de Diciembre, cuando la Iglesia comenzaba sus grandes antifonas de Navidad, pedimos una novena. Se convino en que la última serenata tendria lugar durante la comida y en la misma sala. Los buenos Pifferari aceptaron la condicion con entusiasmo y estuvieron fieles á la cita. Como un recuerdo quise tener su cancion. Nos las dictaron ellos mismos; héla aquí en una traduccion que no puede expresar la gracia sencilla de su orijinal.

“Oh dulce Virjen, hija de Santa Ana!
“en vuestro seno llevasteis al buen Jesus.
“Los ánjeles exclamaban: Venid, Santos,
“id á la cabaña del niño Jesus, nacido en
“un pequeño establo donde comian los
“bueyes y los asnos. Virjen inmaculada,
“bienaventurada en el cielo, sed nuestra
“abogada en la tierra. Que la noche de
“Navidad, que es una noche santa, sea
“presentada esta oracion que hemos cantado al Niño Jesus 1.”

No debo olvidar que nuestra vieja ama de gobierno se hallaba presente al concierto. Era una digna hija de los Sabinos ó de los Ecquos, de los cuales descienden en línea recta los Pifferari, habitantes seculares de la Sabina y de los Abruzos. Al sonido de la música de la canzonetta que habia hecho el encanto de su infancia, la buena Mónica olvidó de pronto sus cincuenta y seis años y se puso á bailar como una jóven, sin que las observaciones,

1 O Verginella figlia di sant' Anna
Nel ventre tuo portaste el buen Gesù
G' Angioli chiamarano: venite Santi,
Andate Gesù bambino alla campanna,
Partorito sotto ad una capanella,
Ad'ove mangiavan il bove e l'asinelli.
Immacolata Vergine beata
In cielo, in terra sia avvocata.
La notte di natale, é notte santa,
Questa orazion che sem cantata
Gesú bambino sia representata.

ni las carcajadas pudieran distraerla. Con la mayor seriedad del mundo, y sin hecer caso de nadie, bailó en honor *di Gesù bambino e de María Santissima* tanto cuanto duró la sinfonía nacional. ¡Buena Mónica! ¡Dios os bendiga! El ama, á no dudarle, vuestra ardiente y sencilla fé y vuestro imperecedero amor hácia los inocentes recuerdos de vuestra tierna edad.

Ha llegado Navidad; todos los acordes campestres han cesado; los Pifferari desaparecen; su mision se ha cumplido. Adios, pues, buenos Pifferari; volved á tomar alegremente el camino de vuestras montañas y el cuidado de vuestros rebaños: sed felices; habeis hecho una buena y santa accion. Los romanos os bendigan; nosotros os bendecimos con ellos, pero no os olvidéis de volver el año próximo; ¡ay! yo no os oiré entónces, pero más dichosos que yo, otros viajeros os oirán y os bendecirán tambien. Sí, ellos volverán; los padres acaso habrán muerto, pero vereis acudir á sus hijos y á los niños que repetirán en el oboe hereditario, los suaves y sencillos acordes de sus abuelos. Así es como en Roma, durante el bello tiempo de Adviento, no se puede dar un paseo por las calles, ni permanecer una hora en casa, sin verse llamado uno á su pesar á recordar el tierno misterio que se prepara.

6 DE DICIEMBRE.

Visita á san Pedro.—Recuerdos.—Plaza de san Pedro.—Obelisco de Neron.—Trono de san Pedro.—Confesion.—Cúpula.—Lecciones.

Ocupaciones puramente materiales nos habian obligado á aplazar nuestras expediciones científicas; libres ahora de todo cuidado, pudimos hoy comenzarlas. El dia se anunció magnífico, el cielo de Italia reapareció con toda su pureza. Las nueve

sonaban en la Propaganda, cuando salimos á visitar á san Pedro. Por todos títulos la augusta basilica debe colocarse á la cabeza de las excursiones romanas. Durante el trayecto, que fué bastante largo, nada ví, nada oí; mi alma estaba absorta ante una multitud de pensamientos igualmente conmovedores y como subyugada por emociones tan dulces como profundas. ¿Qué otro medio? Por poco que recoja sus recuerdos el peregrino en san Pedro, ¿no ve desarrollarse ante sí, como una inmensa cadena de oro, de perlas y de rubíes, esa solemne procesion de emperadores, de reyes, de pontífices, de sabios, de santos y de santas que han acudido en el espacio de quince siglos, del Oriente y del Occidente, de la Africa, de las Españas, de las Gálias y de la Germania, para honrar la tumba del pescador galileo, á quien viene él tambien á rendir sus homenajes?

A la cabeza de estos peregrinos coronados marcha el vencedor de Maxencio, el primer emperador cristiano, Constantino el Grande. Despues de él Teodosio, que en 393, al partir á la guerra contra Eujenio, vino revestido de saeo y de silicio á pedir la victoria por intercesion del vicario de Jesucristo. En 449, Valentiniano, con su esposa Eudoxia y su madre Galla Placidia. En 545, ved al vencedor de los bárbaros, al sosten del imperio quebrantado, á Belisario, rindiendo homenaje de sus laureles á Pedro, otro vencedor de la barbarie. Marcha en seguida un rey de mirada terrible, de gigantesca estatura: es el feroz Totila, asolador del mundo, el azote de Roma. Lobo cruel en todas partes, en la tumba del apóstol es un tímido cordero. ¿Cuál es aquella otra testa coronada que domina á la multitud? Es Cedwella, rey de los sajones occidentales, que en 669 dejó su reino para venir como humilde catecúmeno á recibir el bautismo en la iglesia de los Apóstoles.

Le sigue de cerca un peregrino no menos ilustre, Concredo, rey de los Mercianos. Se halla tan feliz cerca de la tumba del vicario de Jesucristo, que se despoja de la púrpura real y se hace religioso de un monasterio cerca de san Pedro con el fin de conseguir la gracia de vivir, morir y descansar cerca de los Apóstoles. Por todos los caminos que conducen al glorioso sepulcro se recuedan otros muchos jefes de naciones civilizadas ó bárbaras; Luitprand, rey de los Lombardos; Ina, rey de Inglaterra; Carlomagno, rey de Francia, Ruado, rey de Inglaterra; la piadosa Bertrada, mujer de Pepino y madre de Carlomagno; Offa, rey de los sajones orientales; que hizo á su reino vasallo de san Pedro, el rey de los Lazzi, pueblo de Cólcida, acompañado de lo más florido de su nacion; los emperadores Oton I, Oton II, Oton III, san Enrique rey de Germania; la emperatriz Ines, mujer de Enrique III; Machestad, rey de Escocia; Christiern, rey de los Dácios y de los Godos; el emperador Juan Paleólogo y otra multitud de reyes y reinas que brillan en la historia con la doble auréola del talento y de la virtud.

¿Cuál es, pues, el atractivo poderoso que condujo á todos esos monarcas á la tumba del vicario de Jesucristo? ¿Cuál la significacion misteriosa de ese echo secular? Aparece como respuesta en todo su esplendor la gloriosa revolucion que arrebató al imperio de la fuerza brutal é inauguró la supremacía de la intelijencia sobre la doble cruz del Calvario y del Vaticano. Con el Evangelio viene la verdadera nocion del poder, el trono es una carga. Y hé ahí que para la felicidad de los pueblos, una mano divina llevaba á todos aquellos monarcas hácia la tumba de san Pedro, á fin de tomar de allí el conocimiento de sus deberes, el desinterés, la abnegacion, el espíritu de sacrificio y los